

modo preparó sin imaginárselo á Mr. Fouché un poderoso medio para tramar su intriga. Sin pérdida de tiempo mandó sacar de Vincennes á Mr. de Vitrolles, dispuso que le llevasen á su presencia, le anunció que estaba libre, y le recomendó que no se presentase á nadie y que estuviese pronto á llenar las misiones que le encargara. Respecto de misiones, Mr. de Vitrolles no podía aceptarlas más que de una especie, y no tuvo necesidad de recordárselo á Mr. Fouché, primero porque lo sabía y después porque los encargos que pensaba hacerle se hallaban identificados con el funcionario de Luis XVIII. Pero como las cosas no estaban todavía muy avanzadas, le era imposible seguir más adelante por la senda del realismo. Sacar á Mr. de Vitrolles de Vincennes y tenerlo dispuesto á obrar, era á la vez un título para merecer el favor de los Borbones y una de las maneras más diestras de ponerse en relaciones con ellos.

Como era natural, Mr. Fouché no dió noticia á nadie de este primer paso, y se presentó bajo un aspecto enteramente distinto á los hombres con quienes se proponía llevar á cabo una nueva revolución. Lo más urgente, lo que más le importaba era desembarazarse de Napoleón, á quien no dejaba de temer, sobre todo en las convulsiones de una agonía que podía ser violenta; y por más que todo tendiese á la caducidad del vencido de Waterloo, sin embargo era de todo punto necesario tratar aún con algunos miramientos á los que se quería que pronunciasen la sentencia de su muerte moral. Apenas salió Mr. Fouché del consejo de ministros que se celebró en casa del príncipe José, se apresuró á captarse la voluntad de los miembros de las dos cámaras y empleó con este fin todo el día 20 y la noche del 20 al 21. «Y bien, repetía á todos, ¿no os dije que ese hombre llegaría á perdernos con su loca obstinación? Si no hubiera regresado de la isla de Elba, nos hubiéramos librado de los Borbones casi de acuerdo con las potencias, que hubieran aceptado á María Luisa ó al duque de Orleans, y de este modo en vez de una revolución violenta, de una guerra á muerte con la Europa, hubiéramos realizado un cambio pacífico, casi universalmente consentido. No hace mucho todavía que se nos presentó una magnífica ocasión, la del Campo de Mayo. Sabíamos por una comunicación secreta procedente de Viena (Mr. Fouché aludía á la misión de Mr. Werner en Basilea) que había grandes disposiciones para un arreglo; que la condición esencial era el alejamiento de Napoleón; que aceptada esta condición, todo lo demás sería aprobado, la regencia de María Luisa ó la elevación al trono del duque de Orleans; en una palabra, lo que más hubiera convenido á la Francia, manteniéndose á este precio la paz. Yo propuse á Napoleón que abdicase en el Campo de Mayo en favor de su hijo, para que de este modo pusiese á las potencias en situación de probar su sinceridad. Él hubiera obtenido una retirada honrosa y con este sacrificio se hubiera procurado la más brillante de las glorias; pero no quiso oírme, y ya lo veis, ese jugador desenfrenado no sabe ni aun ganar en el juego: ¿qué hacer ahora con un jugador que no sabe otra cosa que perder?»

Mr. Fouché no hablaba con el mismo grado de franqueza á sus diferentes interlocutores: decía algo más á sus amigos íntimos, un poco menos á los que no trata-

ba con tanta confianza, pero á todos manifestaba un gran terror por lo que Napoleón sería capaz de hacer al volver á París. «Va á volver como un furioso, decía; va á proponer medidas extraordinarias, á pedirnos que pongáis en sus manos todos los recursos de la nación para hacer de ellos un uso desesperado. El año último proyectaba destruir á París, bien podéis figuraros las ideas que le acosarán este año, sobre todo ahora que se halla entre la muerte y un estrecho calabozo, y estad seguros de que si no votáis cuanto él os pida disolverá las cámaras para quedar en posesión de todos los poderes.» La amenaza de la disolución de las cámaras era un medio que Mr. Fouché había empleado en los primeros días de su reunión, y ya había tenido ocasión de experimentar su eficacia. Con efecto, los representantes, investidos con sus poderes apenas hacía veinte días, creían convertirse en dueños del país á medida que la influencia de Napoleón se debilitaba, y se estremecían ante la medida de verse despedidos, enviados á sus casas, para dejar á la Francia en las manos de un furioso que, como decía Mr. Fouché, el año anterior había estado á punto de volar el polvorín de Grenelle, y que ciertamente no intentaría menos entonces si su irritación llegaba al colmo. Sugiriendo á las dos cámaras esta idea de la disolución, había seguridad de hacerles perder su sangre fría, y Mr. Fouché la presentó como definitivamente resuelta en el ánimo de Napoleón. Hallábanse dispuestos á creerle, porque si alguno había que pudiera conocer el pensamiento imperial, era él; pero no bastaba la advertencia de una resolución semejante, era preciso encontrar el medio de que no se tomara, y esto no era muy fácil, porque el Acta adicional concedía al monarca el derecho de suspender ó disolver las cámaras.

Respecto del Acta adicional, manifestaba Mr. Fouché la más completa indiferencia, y no parecía que sus cláusulas le embarazasen en lo más mínimo. En su concepto era demasiada debilidad dejarse supeditar por una Constitución sin valor, de la que Napoleón no hacía caso, y que no tendría ningún escrúpulo en violar cuando sus intereses lo exigiesen. No había que hacer más que una cosa, promulgar un decreto por medio del cual declarasen las cámaras que no creían deber sufrir en las graves circunstancias que atravesaba la Francia ni prorrogación ni disolución alguna. Esta determinación no era, según opinaba Mr. Fouché, atentar á la corona, por más que fuese restringir una de sus prerrogativas. Era, dejando el cetro imperial á Napoleón, detenerle en el uso que estuviese decidido á hacer de su poder. A estos argumentos añadía Mr. Fouché muchas confianzas á medias, tendiendo á insinuar que había conservado comunicaciones secretas con las diversas cortes europeas y particularmente con la de Viena; que no habían tomado ningún partido contra la Francia y sí contra Napoleón; que en cuanto éste abandonase el trono había seguridad de que á un mismo tiempo se salvarían la libertad, el territorio y la dignidad de la Francia. No se trataba, pues, de destronarle, sino de impedirle cometer locuras, si se hallaba dispuesto á cometerlas; porque no se podía dejar el destino de la Francia á merced de un furioso, que prefería arruinarla al arruinarse, antes que sacrificarse para salvarla.

Presentando la cuestión bajo este aspecto, todo el

mundo se adhirió á las miras de Mr. Fouché, y él prometió á los diversos representantes á quienes tuvo ocasión de ver, informarles exactamente de los proyectos de Napoleón en cuanto llegasen á su noticia.

Entre estos representantes había uno en quien tuvo el arte de excitar más que en los otros vivísimas sospechas, Mr. de Lafayette. Ya hemos visto cuál fué el papel que representó este ilustre personaje durante los cien días. Bien fuera con la ayuda de Mr. Benjamín Constant, ó bien con la del príncipe José, lo cierto es que llegó á ejercer una verdadera influencia, dando ó negando su aprobación, según que se prestaban más ó menos á sus deseos, y con este motivo consiguió que las cámaras fuesen convocadas, convocatoria que disgustaba con extremo á Napoleón. Mr. de Lafayette cifró más interés en esta convocatoria que en las cláusulas del Acta adicional, manifestando que una vez reunida la asamblea podrían contener á Napoleón si recurría de nuevo á su antiguo despotismo. Era, por consiguiente, entre todos los hombres de aquel tiempo, el que podía ser excitado con más seguridad y en mayor grado, presentándole la disolución de las cámaras como cosa segura, ó solamente como posible. Mr. Fouché hizo que le dijeran que Napoleón había perdido su ejército, que iba á volver á París para procurar formar otro, que su primer cuidado sería desembarazarse de las cámaras, que debía esperarse esta medida de su parte, y estarse sobre aviso, disponiéndose á conservar á pesar suyo una influencia bienhechora para los destinos del país. No era preciso tanto para exaltar hasta el más alto punto las desconfianzas, el celo, y la audacia emprendedora de Mr. de Lafayette.

Había dos diputados jóvenes, muy honrados los dos, Mr. Jay y Mr. Manuel, muy inferiores entonces en situación á Mr. de Lafayette; pero llamado el segundo á desempeñar en breve un papel considerable, hombre cuya probidad había engañado completamente Mr. Fouché, y del que pensaba servirse mucho en aquellas circunstancias. Mr. Jay, literato conocido por sus triunfos académicos, inteligente, amable, fino, ilustrado, carácter tímido, pero independiente, con facilidad para escribir, pero no para hablar, dotado sin embargo de medios suficientes para pronunciar en alguna coyuntura importante palabras convenientes y animosas, había sido profesor de los hijos de Mr. Fouché y era entonces representante de Burdeos. Mr. Manuel, abogado en la audiencia de Aix, sin arte para escribir, pero dotado en alto grado con la elocuencia necesaria para hablar, con una gran presencia de ánimo, con un valor á toda prueba, y con un patriotismo sincero, había entrado en relaciones con Mr. Fouché cuando este último sufría en Provenza una especie de destierro, y había llegado á ser representante del distrito de Aix. Habiendo vivido hasta entonces los dos fuera de la política, no tardaron en tener confianza en Mr. Fouché, quien procuró presentarse á ellos bajo su mejor aspecto. Con uno y otro se mostró ajeno á todos los partidos, tan indiferente á los Bonaparte como á los Borbones, completamente separado de las personas á fuerza de adherirse á las cosas, no procurando echar por tierra á Napoleón, pero dispuesto á sacrificarle á la Francia, si era preciso para salvarla separarse de él. No podía presentarse bajo mejores apariencias, porque todo cuanto había de joven,

de honrado y de patriota entre los hombres políticos pensaba de este modo; y no fué nada difícil á Mr. Fouché apoderarse de dos jóvenes representantes que no teniendo compromisos con ningún partido, únicamente se cuidaban de los intereses de su país. Les comunicó lo que había hecho decir á Mr. de Lafayette, que Napoleón iba á llegar dentro de pocas horas, que era preciso secundarle, pero no dejarse arrancar por sus manos la justa parte que la asamblea tenía en el gobierno; en una palabra, que no debía consentirse la disolución de las cámaras. Prosiguiendo por esta senda estaba seguro de ganar no solamente á los dos hombres que acabamos de designar, sino á todos los que constituían los cuerpos colegisladores.

El 21 por la mañana, por más que la sesión no se abrió hasta las doce, acudieron la mayor parte de los representantes al palacio de la asamblea, y con la animación que las circunstancias provocaban, se preguntaban los unos á los otros detalles acerca del desastre acaecido el 18, añigiéndose de buena fe, procurando el remedio, ideándolo cada cual á su manera, y expresando todos el pensamiento de que la Francia no debía permanecer más tiempo sacrificada á un hombre y de que había absoluta necesidad de salvarla sin él, si con él no era posible que se salvase.

Predispuestos los ánimos de este modo, el rumor de que Napoleón volvía con la resolución de deshacerse de las cámaras, para sostener un duelo á muerte contra la Europa, sin cuidarse de los azares á que expondría á la Francia; este rumor, decimos, debía provocar una especie de levantamiento. Todo raciocinio, aunque fuera justo, consistente en proferir que sólo Napoleón podía dirigir todavía la resistencia contra el extranjero, estaba condenado á hallar poco favor. Había muchos representantes honrados y prudentes que el 20 de marzo sintieron ver de nuevo la suerte de Francia á merced de Napoleón, pero que una vez consumado el hecho, se habían francamente adherido á él; que hasta en aquellos momentos se hallaban inclinados á creer que él sólo podía combatir con éxito contra la Europa armada; que temían singularmente la vuelta de los Borbones rodeados de la emigración triunfante, pero que no se atrevían á responder nada cuando les decían que Napoleón iba á llegar como un frenético, resuelto á arriesgar la existencia del país en una lucha desesperada, mientras que si abdicaba, satisfecho el enemigo, se detendría y permitiría á los franceses que escogiesen el gobierno más de su agrado. Se veían apurados, en un verdadero aprieto, cuando oían este lenguaje, y los promotores de la idea, sosteniendo que era preciso el sacrificio de Napoleón en aras de la Francia, fundándose en las aserciones de Mr. Fouché, sobre sus pretendidas comunicaciones en Viena, ó no encontraban contradictones, ó éstos contradictores se mostraban intimidados y silenciosos. Era, pues, una idea que indignaba á todo el mundo, y no esperaban otra composición que la de permitir la suspensión ó la disolución de las cámaras, no pudiendo inspeccionar con este motivo los actos de Napoleón desde que regresase á París. Tal era la agitación que reinaba el 21 por la mañana, agitación á la vez natural y fomentada por los rumores que tan pérfidamente había hecho circular Mr. Fouché.

Su actividad fué más lejos aún, y consiguió inspirar

sus mismas miras á algunos miembros del gobierno. No había tratado de influir sobre el ánimo de Carnot, que como Sieyès pensaba en que era menester defender á toda costa los intereses de la revolución y de la Francia con la única persona de Napoleón, y á quien consideraba como un hombre maniático del que no había necesidad de ocuparse para nada; pero influyó sobre Mr. de Caulaincourt, siempre moroso, confirmando en la idea de que todo estaba perdido y de que lo único que podía hacerse era preservar á Napoleón de un trato cruel ó ignominioso. Lo mismo dijo á Cambaceres, el cual nunca lo había dudado, y al mariscal Davout, que comenzaba á temer; acusaba de obcecados á los que parecían pensar de otra manera, y al fin logró apoderarse de Mr. Regnaud de Saint-Jean d'Angely, hombre de ingenio y de talento, adicto al emperador, pero extremadamente impresionable, y á quien ganó diciéndole que con su elocuencia debía guiar á la cámara, proporcionándole al mismo tiempo los medios de conseguirlo. Repitió á todos que la situación era desesperada, que el único recurso imaginable era la abdicación de Napoleón, que sólo bajo esta condición podrían contener el ímpetu de la Europa, que hasta obtendrían acaso la regencia de María Luisa; y parecía estar seguro de lo que hablaba, fundándose en comunicaciones misteriosas, de las que no hablaba claramente, pero que sin embargo dejaba sospechar lo bastante para que creyesen en ellas, y lo que es más les diesen una gran importancia.

Este fué el fruto de los esfuerzos de Mr. Fouché durante las veinticuatro horas desde el arribo de la fatal noticia hasta la entrada de Napoleón en el Eliseo el día 21 por la mañana. Al poner el pie en los escalones del palacio, el primer personaje á quien encontró fué Mr. de Caulaincourt, cuya mano cogió y estrechó fuertemente. Drouot, bajando del coche después que él, no pudo menos de decir á una de las personas presentes que todo se había perdido. — *Excepto el honor!*, añadió Napoleón, y ésta fué la única palabra que pronunció después de su salida de Laón. Con el rostro más pálido que de costumbre, la expresión firme, los ojos secos, pero el corazón oprimido, se apoyó en el brazo de monsieur Caulaincourt y pidió un baño y un caldo, porque habiendo estado casi siempre á caballo desde hacía seis días, su cansancio era inmenso.

Después de echarse en una cama, dijo á Mr. Caulaincourt que la victoria del 16 presagiaba otra decisiva para el 18; que el triunfo de esta segunda batalla parecía asegurado cuando dos causas principales la convirtieron en desastre, la ausencia de Grouchy y la precipitación de Ney, este último más heroico que nunca, pero presa de una fiebre que había trastornado sus facultades; que por lo demás no se trataba ya de buscar las faltas de los unos ó de los otros, sino exclusivamente de todos. Entonces preguntó á Mr. de Caulaincourt qué podía esperar de las cámaras, de los que las guiaban y en general de los principales personajes del Estado. Mr. de Caulaincourt, que pecaba más bien por exagerar la verdad que por ocultarla, no le disimuló que las cámaras, engañadas, se hallaban inclinadas á buscar la salvación del país alejándole del trono, y que encontraría las peores disposiciones en todo el mundo. «Ya me lo figuraba. Estaba seguro de que se dividirían, respondió Napoleón, perdiéndose de este modo las últimas

probabilidades de vencer que nos quedan. Nuestro desastre es grande, sin duda, pero unidos podríamos repararlo; desunidos seremos muy en breve presa del extranjero. Creen hoy que sólo se trata de deshacerse de mí; pero cuando suceda procurarán desembarazarse de todos los hombres de la revolución, y entonces volverán los Borbones, con la emigración triunfante. ¡Si quieren los Borbones, en buen hora!.; pero que miren lo que hacen.» Napoleón no se mostró ni sorprendido ni afectado, de tal modo presentía lo que acababa de escuchar.

Ordenó que se reuniesen inmediatamente los ministros y los principales miembros del gobierno, y después se durmió con un sueño profundo, porque se moría de fatiga, y su alma preparada para todo no era ya susceptible de esos trastornos, de esas agitaciones que producen el insomnio.

Poco después llegaron sucesivamente todos los que tenían curiosidad de verle y derecho para entrar en el Eliseo. Su primer cuidado fué informarse detalladamente de los últimos acontecimientos militares, valiéndose para esto de los oficiales que formaban la cohorte de Napoleón. Sólo el aspecto de estos oficiales era ya el más elocuente de los testimonios. Sus uniformes, que no habían podido cambiar aún, acribillados por las balas, ó manchados con la sangre y el polvo del campo de batalla, su rostro inflamado, sus ojos irritados por las lágrimas, decían bastante lo que habían visto y sufrido. Su dolor, como sucede á las almas opresas, no tardó en manifestarse en sus tristes relatos, hasta en sus exageraciones. No podían ciertamente dar muchos detalles ni sobre la funesta batalla ni sobre la magnitud de las pérdidas; pero después de oírles había motivo para convencerse de que ya no había ejército, de que no sería posible reunir mil hombres en ninguna parte, mientras que había medios, como veremos más adelante, para formar un ejército igual en número, superior en calidad al de 1814. Hallándose ya muy extendida la aserción que no había otro recurso que capitular con el enemigo victorioso, se propagó mucho más aún con estos tristes relatos, y voló de boca en boca hasta la asamblea de los representantes, que se hallaba sumamente dispuesta á darle crédito. Las últimas noticias no eran nada á propósito para calmar los ánimos, reanimar los corazones y conquistar las voluntades. ¡Ah! cuando la Providencia prepara grandes sucesos, parece no descuidar ninguna de las circunstancias accesorias que pueden contribuir á producirlos.

Napoleón, después de un breve sueño, tomó un baño, y estando en él, le anunciaron que los ministros reunidos en consejo le esperaban. El mariscal Davout fué quien se presentó en su busca: Napoleón no le había visto todavía. Al conocerle dejó caer los brazos en el agua exclamando: «¡Qué desastre!» El mariscal, cuyo rudo carácter cedía difícilmente á la emoción común, pensaba que debía oponerse resistencia á la tormenta, y suplicó á Napoleón que no tardase en seguirle. Napoleón, que había previsto todo lo que iba á suceder conformándose con ello, y que no esperaba conseguir ningún resultado del consejo próximo á celebrarse, dijo al mariscal que podían dar principio á la deliberación sin él, y que no tardaría en presentarse ante el consejo de ministros. Se hizo aguardar; accediendo á nuevas instancias del mariscal se presentó por fin, fué recibido

con respeto y escuchado con una inmensa curiosidad cuando en términos breves, pero expresivos, expuso cuanto había pasado, y trazó de nuevo las grandes esperanzas de victoria que en un instante se habían trocado en la desoladora realidad de un espantoso desastre.

Después de este relato, manifestó á sus ministros que aún quedaban recursos, que se comprometía á encontrarlos y á emplearlos, que por cada militar que sabía desempeñar su misión había todavía muchos que necesitaban ser educados, que no se hallaba ni desalentado ni abatido, pero que le era indispensable encontrar en las cámaras en vez de resistencias adhesiones; que éste era el punto esencial; que con la unión tenían muchas probabilidades de salvarse, mientras que desunidos se perderían. Fundó, pues, toda la cuestión en la conducta que debía observarse con las cámaras, para conseguir esta indispensable unión, de la que dependía la salud del Estado. Como esta manera de considerar la situación era la de todos los asistentes, no encontró un solo opositor. Napoleón dejó el uso de la palabra al que quisiera hablar, pero ninguno tenía prisa en hacerlo, á no ser los hombres adictos y leales que se ocupaban más del bien de la patria que de sus personas. Con este fin, Mr. de Caulaincourt hubiera debido hablar el primero; pero la desesperación se había apoderado de su alma y cayó en un estado pasivo del que apenas salió en aquellas dolorosas circunstancias.

El excelente Carnot, conmovido hasta el punto de no poder contener las lágrimas, imaginándose que todo el mundo participaba de su emoción, sostuvo que era necesario como lo había sido en 1793 crear una dictadura revolucionaria y confiarla no á un comité, sino á Napoleón, que había llegado á convertirse á sus ojos en la revolución personificada. Celoso del bien público, confiado en Napoleón, y creyendo que todos participaban de su confianza, supuso que las cámaras pensarían, obrarían, opinarían como él, y propuso la idea de ir á pedirles la dictadura para Napoleón.

No fué éste de ninguna manera el dictamen del mariscal Davout. No profesando afecto á las asambleas, que sólo conocía por la Convención y los Quinientos, dijo que obrando de aquel modo se verían contrariados, paralizados por las cámaras, que era preciso apresurarse á desentenderse de ellas suspendiéndolas ó decretando su disolución, que Napoleón tenía derecho para tomar esta medida en virtud del Acta adicional, y que había necesidad de saber hacer uso de este derecho á fin de reunir los medios de combatir y de vencer al extranjero. El príncipe Luciano (porque los príncipes asistían á este consejo) apoyó fuertemente la opinión del mariscal Davout. Como sabemos, había vuelto al lado de su hermano después del 20 de marzo y quería con su celo presente resarcirle de su pasada oposición. La indocilidad que había manifestado anteriormente le favorecía entonces, y la circunstancia de no haber ceñido á sus sienes ninguna corona era un título que se le tenía muy en cuenta. Lleno de recuerdos del 18 brumario é inclinado á pasarse sin las cámaras, opinó como el mariscal Davout, pero apenas encontró apoyo. La mayoría, siempre dispuesta en las reuniones de hombres, numerosas ó no, á acudir á los términos medios; la mayoría, decimos, sin dejar de admitir la necesidad de

una especie de dictadura, manifestó la creencia de que era preciso pedir esta dictadura á las cámaras, las que probablemente la concederían, pudiéndose en todo caso probar, sin perjuicio de obrar después con arreglo á la urgencia de las necesidades.

El almirante Decrés, pesimista sumamente perspicaz, dijo que lo que se esperaba era pura ilusión, que las cámaras soportarían á Napoleón vencedor, que se levantarían contra Napoleón vencido, que no se alcanzaría nada de lo que se les pidiese, y que era peligroso tomar ningún partido sin su aprobación. Era evidente que este ministro desesperaba de la situación en proporción de su gran sagacidad. Mr. Fouché, que no había desplegado los labios y cuyo silencio le acusaba, dijo algunas palabras, únicamente por decir algo, y manifestó una aflicción que no sentía por las desgracias de Napoleón y una confianza engañosa en las cámaras, confianza que hubiera sentido muchísimo que fuese verdadera. Queriendo establecer una especie de acuerdo entre su papel secreto y su papel público, añadió que era preciso guardarse bien de chocar con las cámaras, y sobre todo de dejar entrever la intención de deshacerse de ellas, porque obrando de esta suerte se indignarían, mientras que, por el contrario, tratándolas con los debidos miramientos quizás llegaría á lograrse que proporcionasen los recursos precisos para salvar la dinastía y el país.

Mr. de Regnaud de Saint-Jean d'Angely, convertido con la mejor buena fe en instrumento de Mr. Fouché, creyó deber ir más allá que ninguno de los asistentes, movido por su adhesión. Protestando un gran afecto, que por lo demás no necesitaba probar, hacia la dinastía imperial, habló del estado de las cámaras y en particular de las disposiciones de la cámara de los representantes, la cual en su concepto se hallaba en masa persuadida de que las potencias coligadas sólo odiaban á Napoleón, que se contendrían al ver á Napoleón fuera del trono de la Francia, y que aceptarían al rey de Roma bajo la regencia de María Luisa. Mr. Regnaud añadió que esta persuasión se había apoderado aún de los hombres de más talento, de los menos favorables á los Borbones, y que cualquier medida que no estuviese conforme con sus ideas tendría muy pocas probabilidades de éxito. No podía indicarse más claramente que el único medio de salir del apuro era la abdicación de Napoleón, procurando salvar con el sacrificio de su persona el trono de su hijo y la situación de todos los que se habían afiliado á su fortuna. Napoleón, que hasta entonces había permanecido triste y silencioso, al ver germinar el pensamiento de Mr. Fouché hasta en la mente de los hombres que debían serle más adictos, se animó súbitamente, y clavando sobre Mr. Regnaud su penetrante mirada: «Explicaos, le dijo, hablad, no ocultéis nada... No se trata de mi persona, que estoy dispuesto á sacrificar, habiendo ya buscado hace tres días todos los medios de libraros de ella, sino del Estado y de su salvación. ¿Quién puede salvar hoy en el día al Estado? ¿Es la cámara de los representantes? ¿Soy yo? ¿Conoce por ventura la Francia á uno solo de los individuos que componen esta cámara nombrada de ayer y en la que no hay siquiera un hombre de Estado ni un militar? ¿Podéis designar en su seno ó en cualquier otra parte un brazo bastante fuerte para poder sostener las riendas

del gobierno? La Francia no conoce á nadie más que á mí, ni da importancia á otro que no sea yo. ¿Creéis que el ejército, cuyos restos reunidos pueden ser imponentes todavía, obedecerá á otra voz que la mía? Si como en Saint-Cloud arrojase por la ventana á todos esos habladores, el ejército aplaudiría y la Francia no diría nada. Sin embargo, no pienso hacerlo, y sé apreciar la diferencia de los tiempos y de las circunstancias. Pero es preciso que con falsas nociones sobre el estado de las cosas no se destruya la unión, que es en el día nuestro último recurso. No cabe duda en que, siendo yo el único que puede salvar al Estado, soy por este motivo el único objeto aparente del odio del extranjero, y puede creerse que deshaciéndose de mí podrá satisfacerse al enemigo. Os dicen que el rey de Roma con la regencia de su madre será aceptado; pero esto es una fábula pérfida, imaginada en Viena para desunirnos y propagada en París para perderlo todo. Yo sé lo que sucede en Viena y me consta que por nada del mundo aceptarán á mi esposa y á mi hijo. Quieren á los Borbones, únicamente á los Borbones, y esto es muy natural. En cuanto yo me aleje avanzarán hasta París, entrarán en la capital y proclamarán en ella á los Borbones. ¿Queréis que esto suceda? Por mi parte no sé si valdría más que lo que estamos viendo. Pero el ejército, los campesinos, los poseedores de bienes nacionales, todos los que han aplaudido mi regreso, ¿querrán á los Borbones? ¿Puede conveniros á vosotros, servidores todos de la familia imperial, puede conveniros la vuelta de la emigración triunfante? Personalmente yo no tengo ningún interés en todo esto: mi misión ha concluido, suceda lo que sucediere, y una dictadura, por afortunada que fuera, no haría más que prolongarla algunos días. No es ya cuestión de mi persona, lo repito, sino de la Francia, de la revolución, de los intereses que ha creado, y que todavía podemos salvar con la unión y la perseverancia. El golpe que hemos recibido es terrible, pero está muy lejos de ser mortal.

»El ejército que ha combatido el 18 de junio no ofrece más que prófugos; pero si Grouchy, á quien el enemigo habrá probablemente descuidado para perseguir á las tropas vencidas, ha logrado escapar, los prófugos se reunirán y se organizarán de nuevo á sus espaldas. Grouchy tenía treinta y cinco mil hombres: no será extraño que se puedan juntar otros tantos prófugos, desalentados en estos momentos, pero prontos á convertirse al escuchar mi voz en lo que han sido, en lo que son, en soldados heroicos. Por este lado contaría con sesenta mil hombres. Replegándose Rapp y Lecourbe me proporcionarían cuarenta mil hombres entre tropas de línea ó milicianos movilizados, mientras que Suchet y Brune continuarían defendiendo los Alpes. Así reuniría más de cien mil combatientes. La Vendée va á devolverme diez mil más. Nunca he tenido tantos en 1814, y mis enemigos eran por lo menos tan numerosos como los que hoy me amenazan. Blücher y Wellington no poseen en la actualidad ciento veinte mil hombres, y puedo hacer expiar á mis vencedores su victoria antes de que los rusos y los austriacos acudan en su auxilio. París se halla al abrigo de cualquier golpe de mano, teniendo para su defensa los confederados, los depósitos, la milicia nacional y los marinos: además, terminadas las fortificaciones de la orilla izquierda, será

invencible. ¿Creéis que maniobrando con ciento veinte mil hombres entre el Marne y el Sena delante de una capital imposible de forzar, no tendré en mi favor bastantes probabilidades? Hay que contar también con que la Francia no nos dejaría batirnos solos. En dos meses he reunido ciento ochenta mil guardias nacionales escogidos: ¿No podré hallar otros cien mil?, ¿no pueden dárseme cien mil quintos? De este modo tendríamos buenos patricios detrás de nosotros que acudirían á llenar los huecos de las filas, y en algunos meses de esta lucha acabaríamos con la paciencia de la coalición, que en el mero hecho de aceptar nosotros los tratados de París y de Viena, no sostiene más que una lucha de amor propio. ¿Qué necesitamos, pues, para salvarnos de la ruina que nos amenaza? ¡Unión, perseverancia, voluntad!...»

Estas palabras, cuyo extracto hemos reproducido, hijas del vigoroso pensamiento, del lenguaje particular de Napoleón, reanimaron á los miembros del consejo, y hubieran producido el mismo efecto en la Francia si hubieran podido traspasar las paredes del Elíseo. Pero Napoleón no podía ni presentarse á las cámaras ni hacerse oír en ellas, no había nadie que pudiera representarle en su seno, y además la asamblea se hallaba por entonces en una extraordinaria agitación. La cámara de los representantes, reunida desde por la mañana, como hemos visto, se ocupaba en indagar noticias con una impaciencia febril, cuando de pronto se propagó entre sus miembros un siniestro rumor. Según decían, se discutía en el Elíseo el proyecto de suspenderla ó disolverla; la decisión estaba ya tomada, y no iban á tardar en notificarle el decreto en cuestión. Mr. Fouché fué quien aprovechándose de la tardanza de la deliberación en el Elíseo, envió á la cámara este pérfido aviso; y lo transmitió con preferencia á Mr. de Lafayette, el más convicto y el más resuelto de todos los que creían que para salvar á la Francia era preciso separarse de Napoleón. Sin consultar con ninguno de sus colegas y contando con la disposición general de los ánimos, pidió Mr. de Lafayette la palabra. Todo le aseguraba una atención profunda, su persona, la gravedad de las circunstancias y la proposición que de sus labios se esperaba. «Señores, dijo, cuando después de tantos años de silencio elevó por la primera vez una voz que los antiguos amigos de la libertad reconocerán sin duda, me creo llamado á hablaros de los peligros de la patria que vosotros sólo podéis en el día conjurar. Los siniestros rumores que se habían extendido parecen confirmarse por desgracia. Ha llegado el momento de reunirnos en torno del viejo estandarte tricolor, el de 1789, el de la libertad, el de la igualdad y el orden público. Él es el único que debemos defender contra las pretensiones extranjeras, contra las tentativas interiores. Permitid, señores, á un veterano de esta causa sagrada y ajeno en todo tiempo al espíritu de facción, permitidme que os someta algunas resoluciones preliminares, cuya necesidad apreciaréis según espero.» Después de estas palabras, pronunciadas con la naturalidad, con la sencillez que empleaba en la tribuna, Mr. de Lafayette propuso por medio de una resolución en cinco artículos que se declarasen la patria en peligro, las dos cámaras permanentes y culpable de traición á cualquiera que pretendiese suspender sus sesiones ó disolverlas. A ella añadió

la intimación á los ministros de la Guerra, de Relaciones exteriores, del Interior y de la Policía para que compareciesen inmediatamente ante las cámaras á darles cuenta del estado de las cosas; y propuso que se pusiera en pie de guerra á los milicianos en todo el imperio.

Mr. de Lafayette bajó de la tribuna en medio de una emoción general, emoción que no era la que produce la divergencia de opiniones, sino su unanimidad. Adoptar su proposición, era violar de muchas maneras el Acta adicional, que confería al emperador el derecho de poder disolver las cámaras, que permitía sin duda interpellar á los ministros sobre un hecho, pero no llamarlos á sus bancos ni intimarles orden alguna. Tomar estos acuerdos era pura y simplemente constituirse en estado de revolución; pero como todos comprendían que se hallaban verdaderamente en este estado, no les costaba apenas trabajo avanzar un poco más por el mismo camino. Ninguno de los miembros, ni aun los bonapartistas, presentaron la objeción de que se violaba el Acta adicional; y sólo pidieron la palabra los que en las grandes circunstancias quieren con discursos inútiles manifestar su presencia, lo que no importa á nadie, retardando con este motivo resoluciones que todo el mundo desea adoptar con impaciencia. Un diputado de la Gironda, nombrado Lacoste, uno de los que inspiraba Mr. Fouché, apoyó vivamente la proposición de Mr. de Lafayette. Otro quiso que la invitación para que compareciesen los cuatro ministros fuese una orden formal. Un tercero presentó algunas observaciones respecto del artículo concerniente á la organización inmediata de los milicianos nacionales en todo el imperio, y que podía conducir á la idea de elegir á Mr. de Lafayette para el cargo de su general en jefe. La asamblea rechazó el artículo sin dar explicaciones, adoptando con una inmensa mayoría el resto de la proposición, y decidiendo que fuese comunicada á la cámara de los pares para que la aprobase á su vez si lo juzgaba conveniente. Este acto capital, que era el principio y casi el fin de una revolución ya consumada en los ánimos, encontró una verdadera unanimidad, porque si la asamblea no quería á los Borbones, si quería francamente á la dinastía imperial representada por el rey de Roma, estaba persuadida de que necesitaba separar la causa de Napoleón de la Francia, y se creía con derecho para efectuar esta separación tratándose de un hombre que en su concepto había perdido á la Francia por su ambición. No cabe duda en que tenía derecho para hacerlo, sobre todo en una época en la que apenas se respetaba la legalidad; pero no demostraba sagacidad al figurarse que arrojando al mar á Napoleón, saldría á flor de agua el navío. Era preciso arrojar la dinastía y con ella los intereses de la revolución, pero por fortuna no sus principios, que siendo eternos no podían perecer.

Mientras que la cámara de los representantes, después de haber tomado su partido tan inesperadamente, esperaba con una extremada agitación la respuesta que se daría á su plebiscito, este partido, esta resolución fué comunicada por una parte á la cámara de los pares y por la otra al Elíseo. En la cámara de los pares produjo algún embarazo, pero no suscitó la menor resistencia. Más antigua en sus funciones, más ejercitada en su papel moderador, la cámara de los pares hubiera podi-

do oponer algún atemperante á la precipitación de la cámara de los representantes; pero no fué en el senado imperial, del que en gran parte procedían, donde pudieron aprender los pares de la Francia el papel de los pares de Inglaterra.

Compuesta la alta cámara por hombres fatigados de revolucionarios, disgustados de todos los gobiernos, habiendo visto y dejado pasar lo mismo á Napoleón que á Luis XVIII, habiendo adulado á uno y á otro no sin juzgarlos al mismo tiempo, conociendo que habían merecido su caída, se hallaban decididos, á pesar de algunos sentimientos ocultos en ciertos corazones, se hallaban decididos, repetimos, á dejar realizarse sin obstáculos los designios de la Providencia. La proposición de la cámara de los representantes fué, pues, aprobada sin resistencia en la cámara de los pares. El dardo preparado secretamente por Mr. Fouché, lanzado con franqueza por la mano de Mr. Lafayette, halló al león herido, casi azorado, pero no sin vida, y le hizo estremecerse. Sacudiendo la especie de letargo en que se había sumido, y del que no salió más que un instante para responder á Mr. Regnaud, Napoleón comenzó á andar rápidamente por la sala del consejo, como acostumbraba á hacer cuando estaba agitado. Entonces volvió á decir con desprecio y cólera que, ante los quinientos mil enemigos que avanzaban sobre la Francia él era todo y los demás nada; que lo que había sucedido en Flandes no había sido más que un descalabro de guerra siempre reparable; que lo único sobre que se debía contar era con él y el ejército; que iba á enviar algunas compañías de su guardia á la insolente asamblea para disolverla; que el ejército aplaudiría, el pueblo le dejaría obrar, y que invistiéndose con la dictadura la haría redundar en beneficio de la salud común... Le escucharon sin interrumpirle, después intentaron calmarle, y apenas lo lograban cuando un segundo golpe vino á herirle con la noticia de que la cámara de los pares había adoptado el decreto de la de los representantes. Esta adhesión inmediata y silenciosa de los ciento y tantos pares que había nombrado quince días antes, sin enseñarle nada que no supiese acerca del corazón humano, le hirió con extremo y le recordó una idea, la sola verdadera, que ya se había presentado en su mente en la noche del 18, la de que su cetro se había roto al mismo tiempo que su espada. Mirando entonces á Mr. Regnaud con menos severidad, dijo estas singulares palabras: «Regnaud tiene quizás razón al querer hacerme abdicar... (Mr. Regnaud no había pronunciado todavía la palabra abdicación, Napoleón fué quien primero la dijo.) Y bien, sea: si es necesario, abdicaré... No se trata de mí, sino de la Francia: si me resisto no es por mí, es por ella; pero si no me necesita, abdicaré...» Apenas pronunciada esta frase produjo el mayor efecto en los asistentes, afligió á tres ó cuatro, encantó á siete u ocho, llenó á Mr. Fouché de una alegría secreta, y tranquilizó á Regnaud, quien al abandonar á su señor no creía hacerle traición. La frase voló de boca en boca, y ofreció mayor facilidad á la deserción general, que antes de esto no era ya muy difícil.

Napoleón, pronto á ceder el puesto á los que, rechazando á los Borbones, hacían, sin embargo, todo lo necesario para que volvieran, se hallaba, sin embargo, ofendido por las fórmulas arrogantes empleadas para